TRIUNFÓ LA LIBERTAD,

Ó

LA BATALLA

DEL

Puente de Alcolea.

DRAMA

HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO Y MONUMENTAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. José Pascual y Torres.

MÁLAGA.

Imp. de M. Martinez Nieto, Granada 69.

1870.

9

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
5448

TRIUNFÓ LA LIBERTAD,

ó

La Batalla del Puente de Alcolea.

CALDERON
MORATIN
A LA MARU

TRIUNFÓ LA LIBERTAD,

ó

LA BATALLA DEL PUENTE DE ALCOLEA.

DRAMA

HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO Y MONUMENTAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. JOSÉ PASCUAL Y TORRES.

Cada acto tiene su título particular.

PRIMERO.—Los Novios.

SEGUNDO.—La Enferma.

TERCERO.—La Batalla de Alcolea.

MÁLAGA.

Imp. de M. Martinez Nieto, Granada 69.

1870.

PERSONAGES.

—

Acto 1.º y 2.º

ADOLFO.
EDUARDO.
D. GREGORIO, (médico de cámara.)
ELENA.
MARTA.
BRÍGIDA.
GUMERSINDA.
D. DIEGO, (médico).
D. SALVADOR, (idem).
RAFAEL, (criado de Adolfo).
BARTOLOMÉ, (criado de Eduardo).

Acto 3.º

EL GENERAL SERRANO, (Duque de la Torre.)
SU ESTADO MAYOR.
AYUDANTE BERMUDEZ.
ADELARDO LOPEZ AYALA.
ADOLFO.
ELENA, (cantinera).
LACY.
SARGENTO.
UN PAISANO.
OTRO PAISANO.
UN SOLDADO.

Pueblo, Oficiales, Soldados, Marineros.

Primer acto y segundo.—La accion en Córdoba.
Tercero.—Campos y Puente de Alcolea.—En 28 de Setiembe de 1868.

NOTA.—Las compañías de poco personal pueden doblar los papeles secundarios.

AL SRMO. SR.

D. FRANCISCO SERRANO Y DOMINGUEZ,

DUQRE DE LA TORRE,

CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES

Y

REGENTE DEL REINO.

Como prueba de la amistad que V. A. le dispensaba á mi difunto padre, D. José Pascual Lopez, y como testimonio de aquel aprecio, al escribir esta pequeña obra, he creido de mi deber dedicársela á V. A., en la cual soy mero narrador histórico de los sucesos contemporáneos que se han ventilado en el Puente de Alcolea.

Si es del agrado de V. A. quedará recompensado su seguro servidor Q. B. S. M.,

José Pascual y Torres.

723219

Esta produccion es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la represente en cualquier teatro del Reino, café cantante ó de Ultramar y del estrangero, y quien la reimprima sin su permiso.

El autor se reserva el derecho de traduccion con los paises estrangeros.

Los corresponsales de la Galería del Sr. Gullon son los encargados de la venta de los libretos y cobro de derechos de representacion en los Teatros de España y América.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

NOTA.—Todo ejemplar que no lleve el timbre del autor y una señal de la imprenta, se declarará furtivo y se perseguirá ante la ley.

Acto primero.

El teatro representa una casa de campo de regular aspecto arquitectónico, al frente; en el lado izquierdo de la fachada, una reja grande saliente, de órden antiguo. Delante de la puerta habrá un pequeño jardin con su enverjado. Encima de la misma el n.º 4. En cada lado de la escena, en primer término, dos árboles frondosos y debajo del de la izquierda un banco ó peldaño de piedra. Es al amanecer; escúchase el rugido de la tempestad, acompañada de truenos, lluvia y de vez en cuando se ilumina la escena por los relámpagos. La escena permanece solitaria por un corto tiempo y despues sobreviene la calma del firmamento irritado.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO, *entra con un para-aguas abierto y enmedio de la escena, le cierra.*

¡Gran Dios!
que noche
me ha cogido!...
¿De qué me sirve
mi coche,
si lo tengo escondido?
Y á propósito
uno he recibido
del constructor

Mr. Dumont,
en París establecido,
del arte un primor.
Mueble inútil,
hubiera sido...
Tal vez mis caballos
con la tempestad;
al rugido infernal,
se hubieran desbocado.
Y pobre de mí,
espantados,
mi cuerpo, al suelo;
hecho pedazos.
Y al rodar
por el duro pavimento;
mi padre despertar,
en su tranquilo aposento.
(*Estallando un relámpago y truenos*).
. . . . . (*pausa*)
Noche cruel,
aun de mí,
se acuerda Lucifer.
. . . . . .
Pavura me dá,
venir por estos
vericuetos,
á ver un rostro angelical.
Pero á una cita,
es preciso acudid;
dada una palabra,
no se puede huir. (*pausa*)
. . . . . .
Estoy hecho un chupon,
quién podia figurar,
desenvuelto el aquilon,
si no hacia mas que chispear.
. . . . . .
Así confiado,
de este mueble
fuí armado. (*mostrando el para-aguas*).
. . . . . .

Un rostro hechicero
mirar,
del espacio, fúlgido lucero,
apreciar.
querer y amar.

. . . . . .

Las tres dan, *(dando)*
en el silencioso arrabal.

. . . . . .

Ruido siento, si ella será...

ESCENA II.

Dicho. ELENA, *(abriendo la reja.)*

ELENA. ¡Adolfo!
ADOLFO. ¡Elena!
(aproximándose á la reja.)
¡Encanto mio,
sufrido por tí,
yerto de frio!
El huracán desenvuelto,
el relámpago, la lluvia,
el granizo envuelto.
Los elementos desencadenados,
corriendo horrible tempestad,
por esos caminos tortuosos,
silvando el furioso vendaval.
Ya á tus plantas postrado
estoy,
de una dama tan celestial.
ELENA. ¿Por qué has venido?
de tu cuerpo,
no te has condolido!
ADOLFO. El cariño, el amor,
que te profeso...
ELENA. Pobre jóven,
Cupido, te ha cegado;
ciego, no has visto el relámpago,
sordo, no habeis oido el trueno,
é insensible al agua que ha caido.

ADOLFO. Si el amor me ha cegado,
no importa;
acudo á la reja del enamorado.

ELENA. Pero caballero...
yo á daros la cita,
no contaba con una noche...

ADOLFO. Horrible... Si Señora, infernal.
Sin embargo, es para mí,
lo que al General victorioso,
cuando se apodera de un fuerte.
Me considero tan feliz,
que los rayos del huracán,
me parecen cohetes, brillando
en el horizonte, celebrando mi dicha.
El trueno zumba en mis oidos,
como las salvas de la artillería,
al saludar un personage real.

ELENA. ¿Pues qué, tan fuerte sois,
á las influencias atmosféricas?

ADOLFO. Cuando se escudan en el amor,
ni se vé, ni se siente, ni se escucha.
¡Sois tan hermosa...
Permitidme besar,
vuestra alba mano!

ELENA. Tomad...—Soltad, (*dándosela*)
mi madre se aproxima,
va alborotar la vecindad.

ADOLFO. ¡Oh, me amais!

ELENA. ¡Como la rosa, al rocio!

ADOLFO. ¡Gracias, bien mio!

. . . . . .

(*Elena vase, cerrando la ventana.*)

. . . . . .

Me quiere, no hay duda, (*á la escena*)
me ha dado prueba,
pues á la cita no faltó.
Si yo he pasado noche cruel,
ella de centinela, hasta las tres.
Su blando lecho dejó,
á la ventana amorosa se asomó.
Ya mis fatigas olvidé,

al fin tuve el gusto de ver,
al sonrosado clavel.

. . . . . .

Vuelve á chispear...

. . . . . .

(*Abriendo el para-aguas. Escúchase algunos truenos y se observan relámpagos.*)
Se inicia otra vez,
el horrísono huracán.
Los elementos
se conjuran contra mí.
Cuántas fatigas se pasan,
por ver á una bella muger.
A los salteadores expuesto,
á un catarro, á una pulmonía,
al pasmo y al tétano.
Y todo por una seductora muger.

. . . . . .

Debajo de este árbol,
trémulo me cobijaré,
sus frondosas ramas,
el turbion aguantaré.
(*Sierra el para-aguas y siéntase en el banco.*)
Y todo por un palmito,
el rostro, para ver;
de una hechicera muger.
Mano á la petaca,
puro á la boca,
y *fueyo* á quema-ropa. (*con brio.*)
(*Enciende un puro y fuma*).

ESCENA III.

Dicho. EDUARDO. (*con capa.*)

EDUARDO. ¡Bendito, loado sea Dios!... (*ap.*)
y que noche me ha ofrecido!...
(*sacudiendo la capa.*)
¿Apesar de la capa,
de nada me ha servido?

¡La lluvia ha cesado,
pero estoy tan empapado!...
(*vuelve á sacudirla.*)

ADOLFO. Con esta clara, me marcho, (*ap.*)
al fin cojí el constipado...
Josús, María y José. (*Estornudando.*)

. . . . . .

(*Sacando el pañuelo, se le olvida el paraaguas y vase.*)

EDUARDO. ¿Ruido he sentido,
algun pájaro, tal vez;
del nido, habrá salido?
(*Escudriñando el árbol del lado opuesto, en donde está el peldaño, qne es de su salida.*)
Ya se despide el verano,
á paso agigantado.
El risueño otoño,
ofrece verdor á la pradera,
Los árboles aun conservan sus hojas,
con el rocio bienhechor,
crecen las aromáticas flores,
se oyen los trinos de los ruiseñores,
y las rosas abren sus corolas.
El trinar de los pájaros,
el ambiente embalsamado,
los pastores con sus cánticos,
y cuidando el ganado.
(*Dan las tres y media.*)
Qué escucho, las tres y media,
hora de la cita es...
(*Las campanas de la iglesia próxima, tocan el alba.*)
Ya las campanadas,
de la iglesia del arrabal;
anuncian al mundo, con lenguas
de metal, la aurora matinal.

. . . . . .

ESCENA IV.

Dicho. MARTA.

MARTA. ¡Eduardo! *(abriendo la ventana.)*
EDUARDO. ¡Marta, vida mia!
(Se aproxima á la reja y se quita la capa, poniéndola sobre el enverjado del jardin.)
MARTA. Creí no hubierais venido,
llena de pavura he estado.
Toda la noche, en vela,
esperándote, al amor,
del lento fuego; á su fulgor,
he sido constante centinela.
EDUARDO. Horrible noche,
El firmamento se desencadenó,
de mi capa el broche,
con presteza ajustó.
MARTA. Sí, estalló furiosa tempestad.
El silvido del viento azotador,
el rugido del aquilon,
retumbaba desolador,
en mi pecho amoroso.
EDUARDO. ¿Me quieres?
MARTA. Sí.—¿y tú que pruebas me dás?
EDUARDO. La cita.—quieres más.
Mi lecho tranquilo dejado,
espuesto á mil peligros,
no temiendo del aquilon su bramido.
MARTA. Me basta.
EDUARDO. Pero dejad...
bese su nacarada mano.
MARTA. Jamás.
Cuando el himeneo,
eche su bendicion nupcial.
EDUARDO. Palabra os doy.
Pero antes besar.
MARTA. Jamás.
(Vase cerrando la ventana con un fuerte golpazo.)

ESCENA V.

Dichos. Adolfo aparece por el lado izquierdo de la escena y se sorprende al ver á Eduardo parado en la reja de su amada, quédase quieto, estático y convulso.

ADOLFO. ¿Cáspita? (*ap.*)

EDUARDO. ¡Fresco, hemos quedado,
en alas de un lindo rostro,
y de un beso apasionado!
. . . . . .
Pícara, que mi corazon
en la reja de tu ventana
se aprisionó...
¡A la cita comparecí,
por premio de tantos desvelos,
ni siquiera un beso conseguí! (*vase.*)
. . . . . .
. . . . . .

ADOLFO. Vuelvo por el para-aguas, (*ya enmedio de la escena.*)
con paso veloz,
pues ya casi alumbras,
los rayos lúcidos del sol.
En su puño, grabado mi blason,
mis amores descubiertos;
si mi padre lo supiera
me daria un pescozon.
(Toma el para-aguas.)
Cáspita, mas qué observé,...
mi Elena, hablando con otro doncel.
Ahora mismo,
la llamaré...
(Dando tres palmadas, delante de la reja.)

EDUARDO. Por vida de... mi capa. *(volviendo por el lado derecho.)*
Pero tate, un hombre, (*ap. y sorprendido*)
parado en la reja,
observaré...

La perjura, por eso,
no quiso darme un beso.
Otro mas afortunado...
(Colocado ya tras el árbol del lado derecho.)

ADOLFO. Elena, Elena, *(permanece ante la reja)*
así me juraste
fiel amor.

EDUARDO. Parece, padece, *(ap.)*
la misma afeccion.

ADOLFO. Ya no te quiero, *(á la escena.)*
insconstante, ingrata,
infiel, traidora.
A la furia de los lementos,
espuesto
á los salteadores, á los malvados.

. . . . . .

EDUARDO. Eso no será conmigo. *(ap.)*

ADOLFO. Mirad, lo que son las mugeres,
no contentas con uno, quieren dos;
de reemplazo...

. . . . . .

EDUARDO. Señorito, quedo, despacito.
Decidme, á esa reja...
(Saliéndole al encuentro, y aquel se asusta.)

ADOLFO. Satisfaccion, no debo dar. *(reponiéndose)*

EDUARDO. ¿Cómo que nó?
pronto, acabad...

ADOLFO. ¿Y vos? ¿por qué no me la dais á mí?
hace poco á la ventana os ví.

EDUARDO. Del laberinto, pronto,
acabad, salir.

ADOLFO. La punta de mi espada,
mi enojo, vais á sufrir.

EDUARDO. A ese buzon, vine á echar...

ADOLFO. Ese no es correo,
y esa casa,
merece respeto...

EDUARDO. Vuelvo á decir...

ADOLFO. Vive Dios...

Es la casa de un ángel.

EDUARDO. ¡Hola! una dama!

ADOLFO. Del error finjido,
ya habeis salido,
¿Vos venido,
á enamorarme
mi dama? (*Arroja el para-aguas*)

EDUARDO. Sí.

ADOLFO. ¿Cómo se llama?

EDUARDO. No doy satisfaccion.

ADOLFO. Pues entonces,
á batirnos los dos.
(*Se baten, y al ruido de las espadas,* GUMERSINDA *se asoma al balcon, con el plumero en la mano.*)

GUMERSINDA A la guardia, á la guardia,
socorro, socorro.
(*A las voces huyen los combatientes por lados opuestos y Eduardo se lleva su capa, Gumersinda cierra el balcon.*)

ESCENA VI.

D. GREGORIO.

A visitar la hidrópica.
la enferma de la ascitis.
La visita del arrabal,
lo primero; se levantan temprano
máxime, cuando está de gravedad.
Despues la gente de tono...
Para mí, es una obra de caridad,
familia que están en la orfandad.
Dos niñas bellas, y la viuda de un militar,
que murió en la batalla de Tetuan.
¡Marta... es una deidad!
. . . . . .
¿Qué es esto?
(*tropezando con el para-aguas y lo coje*)
Un para-aguas.
¡oh, que hermoso...

qué empapado...
¡qué puño tan elegante!...
¿habrán alguno desplumado?
La noche á ello, se prestó;
que furioso huracán;
mis persianas, el viento se la llevó.
¡Gracias á Dios
la tempestad calmó!
Gumersinda, Gumersinda.
(Tira de la campanilla de la puerta del jardin.)

ESCENA VII.

Dicho. GUMERSINDA.

GUMERSINDA Allá voy... (*de adentro.*)
buenos dias,
Señor Doctor. (*saliendo*)
GREGORIO. ¿Y la Señora?
GUMERSINDA. Mejor.
GREGORIO. ¿Chica, este para-aguas
de quién es?
GUMERSINDA. No lo sé.
¡Y qué hermoso es!
GREGORIO. Calle... en el puño esculpido,
las armas, de un blason.
De conde...
¿Esta noche,
lo habrán desplumado?
GUMERSINDA. Tal vez,—ó nó.
Esta mañana,
desde el balcon.
GREGORIO. ¡Qué! *(con ansiedad.)*
GUMERSINDA. ¡Un duelo!...
Lo ví, si Señor.
GREGORIO. Te burlas.
GUMERSINDA. No Señor.
Yo en aquel aposento
estaba, barriendo
su pavimento.

De repente,
siento rugir las espadas;
y convulsiente,
me asomo al balcon.
Yo llena de pavor,
y eso, que la lengua,
algo se me travó:
di fuertes voces, que con ellas;
pude conseguir,
de la batalla su conclusion.
Tal vez, sin mi aparicion,
la sangre se hubiera derramado;
y hubiera causado defuncion.

GREGORIO. Y al fin qué pasó...
¿y los combatientes?

GUMERSINDA. Echaron á correr los dos.

. . . . . .

Tengo el gusto de decir,
que á la contienda,
dí conclusion.
(*D. Gregorio le dá á Gumersinda el para-aguas.*)

GREGORIO. Hiciste buena obra,
y te la premiará Dios.

. . . . . .

A visitar la enferma...

GUMERSINDA. Os acompañaré...

GREGORIO. Será mejor.
(*Vanse á la casa y Gumersinda cierra la puerta del jardin.*)

ESCENA VIII.

RAFAEL. GUMERSINDA. (*despues.*)

Sin duda, este será el sitio,
al menos las señas iguales son.
Una casa, con su balcon,
delante de la puerta,
un jardin con su enverjado.
Por vida de... lo principal,

el número se me ha olvidado.
(*Golpeándose la frente.*)
El para-aguas... si no está... (*buscándolo*)
si no parece, al Guadalquivir,
el amo me echará...
Bonito se vá á poner,
si no vuelvo, con él.
Y qué hago yo,
por San Camaleon...
Me ha amenazado,
dejarme mocho,
es decir, desorejado... (*pausa*)
Aquí hay algun misterio,
gato encerrado...
y no me atrevo á vaticinar...
A esa puerta, voy á golpear,
á ver, si por casualidad.
¿ Y con qué achaque, diré
que con ese peldaño,
me he roto las espinillas?
(*Tira de la campanilla de la puerta del jardin.*)

GUMERSINDA. Quién es? (*asomándose á la ventana*)
RAFAEL. Señora, por el amor... (*Se dirige á ella*)
GUMERSINDA. Perdone, hermano.
RAFAEL. Sino pido limosna, sino qué,
al tiempo de pasar,
con esa piedra tropecé,
GUMERSINDA. Al hospital.
RAFAEL. Señora, por caridad,
ponerme unas hilas,
aunque sean con balsamina.
GUMERSINDA. Esperad. (*vase*)
RAFAEL. ¡Ay, que chica tan hermosa,
es mas bonita,
que la hoja de la rosa!
GUMERSINDA. Tomad... bálsamo de Malats, (*volviendo*)
es un magnífico vulnerario,
hacen mis Señoritas, por caridad.
RAFAEL. Gracias... aunque sea
imprudencia... ¿por casualidad,

esta mañana, cuando á sacudir las esteras,
visteis un pera-aguas?...

GUMERSINDA No. *(Cerrando con un fuerte porrazo la ventana.)*

RAFAEL. Vaya con la chica... ¿y qué humos?
¡Si será alguna duquesa!... ó archiduquesa!...
Pobre orejas mias,
no lo he encontrado,
en capilla, están metidas. *(vase)*

ESCENA IX.

D. GREGORIO. MARTA.

GREGORIO. Si se pone peor, *(Salen de la casa y en la escena.)*
al instante...
no haya dilacion.
Ayer tarde,
mas me gustó.

MARTA. Anoche hubo,
gran cerrazon.

GREGORIO. La atmósfera,
perjudicado, su constitucion.
á Dios. *(vase.)*

MARTA. Vaya con Dios,
el Doctor.

. . . . . .

(Paseándose por delante del jardin.)
Dijo, un cumplido caballero,
á una inocente jardinera;
dime niña encantadora!
¿me dás un beso de amor?
Ella asomada á la ventana,
le respondió, que nó.
El caballero, insistiendo
con mas fuerza, le suplicó;
rendidamente enamorado,
á ella, con frases que cautivó.
Mas sólida, en su pudor,

galante espresiones, despreció.
La lluvia, el granizo,
el relámpago, el trueno,
á sus cuitas invocó;
pidiendo de su cabello un rizo.
en recompensa de su amor.
Ella fuerte en su honor,
le dijo serena, que nó.
Despechado de mi negativa,
ligero se despidió.
Pero, si amante, torna otra vez,
en lugar de un beso, le daré una flor.
(*Entra en el jardin y se entretiene en cuidar las flores y permanece en él, durante la siguiente escena.*)

ESCENA X.

Dicha. EDUARDO.

EDUARDO. Mi curiosidad,
mi honra lo exige...
¿Quién será,
nocturno rival?
Si supiera donde vive,
quien es...
le retaría al combate,
otra vez...
Esquela de desafío...
la mancha inferida,
á mi amor.
requiere cumplida
satisfaccion.

. . . . . .

MARTA. En lugar de un beso,
le daré una flor.

. . . . . .

EDUARDO. Qué escucho...
el canto de un ruiseñor,
que gozoso saluda
al Creador.

MARTA. Le daré una flor.
EDUARDO. No es ruiseñor
me parece es,
su dulce voz.
(*Se aproxima al jardin y la reconoce.*)
¡Marta!
MARTA. ¡Eduardo!
EDUARDO. ¿Por qué me llamas,
impía Señora?
MARTA. ¡No me falteis así,
amado Eduardo!
EDUARDO. ¡Cruel, fementida!
¿Aquella fé promelida,
dó está?
MARTA. ¡En mi corazon!
EDUARDO. No, he llegado á ver,
la traidora mudanza,
de una engañosa muger.
¡Ayer fuí tu encanto,
tu felicidad, tu bien!
Hoy soy el blanco,
de tu malévolo desdén.
MARTA. ¡Eduardo!
EDUARDO. Te acuerdas anoche,
cuando me retiré;
otro afortunado amante
á la reja, se llegó despues.
MARTA. Nó.
EDUARDO. Sí, qué distinto entonces,
fué tu querer.
Qué amante, consecuente,
qué falsa despues.
¡Crueles recuerdos,
matadme de una vez!
MARTA. ¿Por qué hablais así,
no soy merecedora,
de lenguaje tan cruel.
Si la veleta de la torre,
se varía al impulso,
del viento azotador.
En mí no hay cambio,

es firme mi fé, mi amor.

EDUARDO. Mis ojos, han llegado á ver,
la falsaria mudanza,
de una voluble muger.
(*vase, y ella á su casa.*)

ESCENA XI.

RAFAEL.

No lo dije...
me ha dado, cada pescozon,
que por poquito,
me convierte en chicharron.
¡Maldita sombrilla!
que por tí,
me han roto una costilla.
bribona...
Al tiempo de entrar,
viendo que no venia con ella,
estalló la tempestad.
. . . . . (*pausa.*)
Y me despide...
me cambia la voleta,
y tengo que picar de zoleta...
. . . . . (*pausa.*)
Otra vez en su busca,
pardiez...
(*Vase por lado opuesto.*)

ESCENA XII.

ELENA. ADOLFO. (*despues*) (*aquella por fuera del jardin.*)

ELENA. Pobre jardin
con la enfermedad...
está casi seco, el jazmin.
Quiero hacer un ramo,
para perfumar su aposento,
para mi padre:

buscaré el resedan,
hortensias, trinitarias,
dalias, carmelitas,
dianas, tulipan.
. . . . . *(pausa.)*
Para Adolfo:
pensamientos, alelí.
claveles, tamarindos,
lilas, jacintos,
violetas, flor de lí.
(Entra en el jardin, para escoger las flores, para formar los ramos.)

ADOLFO. Si, aquí me lo dejé... *(entrando.)*
¿Si mi rival,
se lo habrá llevado?
Por todas partes
lo he buscado.
...¡Hé aquí, que la casualidad,
me ha puesto, otra vez;
delante de la casa,
de aquella beldad!
Si no, nunea, fementida,
faltar á su fé prometida.
Falsaria muger, engañosa,
dándome su habla ponzoñosa.
Huye no te quiero ver,
cara de Lucifer.

ELENA. ¡Adolfo!

ADOLFO. Diablo, ¡este sitio está encantado!
¿Será aquel mocito,
á la ventana estaba colocado?

ELENA. ¡Adolfo!

ADOLFO. ¡Caramba, el eco otra vez!
En este árbol,
algun nido
escondido...
(Se sube en el peldaño y escudriña el árbol.)

ELENA. ¡Adolfo!

ADOLFO. Pardiez...
(Bajando con presteza y pavura.)

ELENA. ¡Adolfo! (*llorando*)
ADOLFO. Lágrimas...
si serán de alguna
muger?
¡Que sollozos,
que gemidos!
(Se aproxima al jardin y reconociéndola)
¡Elena!
ELENA. ¡Adolfo!
ADOLFO. Rompe las cuerdas,
mi resentida lira,
mis dulces endechas,
rebosan celos, ira.
¿quién es aquel, que á tu reja,
contigo estaba hablando?
ELENA. ¡Yo inocente, de negra impostura!
ADOLFO. A Dios vanas ilusiones.
ELENA. Escuchad... (*saliendo á la escena*)
de mí ten piedad.
Este ramo, que estaba
preparando, con las flores
de mi jardin... tomad.
ADOLFO. ¡Jamás!
ELENA. Son tan inocentes,
como el cariño mio.
(Le dá el ramo, Adolfo lo toma y lo arroja sobre el peldaño, y vase.—Elena á la suya, cerrando el jardin, con desden.)

ESCENA XIII.

D. GREGORIO. GUMERSINDA *y* RAFAEL (*despues.*)

GREGORIO. A la obligacion,
los enfermos de cuidado,
son de preferente atencion.
(Tira de la campanilla de la puerta del jardin y le abre.)
GUMERSINDA. Señor Doctor. *(saliendo)*

GREGORIO. ¿Y la enferma?
GUMERSINDA. Creo está peor.
GREGORIO. Voy sin dilacion. (*entra en la casa*)
GUMERSINDA. Pero ya es hora (*á la escena*)
de la limpieza,
y es menester
hacerla con presteza.
(*Con el sacudidor limpia la reja y la verja del jardin.*)
RAFAEL. No lo he encontrado, (*saliendo*)
por mas que lo he buscado.
. . . . . .
. . . . . .
¡Pero tate, la criada de esta quinta,
la del otro dia, la bella niña!
¡Algo me tenia de haber encontrado!
. . . . . .
Por casualidad,
y que linda que es.
Su rostro, es tan rojo,
como un clavel.
GUMERSINDA. No Señor,
aquí no se venden,
ni rosas,
claveles,
ni mosquetas.
Es un recreo,
de mis Señoritas.
RAFAEL. A pares.
GUMERSINDA. Si, son dos hermanitas.
la mayor se llama
Elena, la menor Marta.
RAFAEL. ¿Son solteras?
GUMERSINDA. Vírgenes de puro candor,
. . . . . .
RAFAEL. Un para-aguas...
GUMERSINDA. Uno compré ayer.
RAFAEL. ¿Si será el mio?
GUMERSINDA. Al público estaba,
con dos letras
enlazadas.

RAFAEL. Una cifra, la C y F,
Conde de la Florida.
GUMERSINDA No sé leer,
mas voy por él (*va por él*)
RAFAEL. ¡¡El mismo!!
(*Reconociéndolo y lleno de alegria, le dá muchos besos y abrazos.*)
GUMERSINDA ¡Insolente.—atrevido!
(*Dándole un bolso con monedas.*)
RAFAEL. Tomad, para un vestido.
GUMERSINDA. Gracias, gracias.
este ramillete tomad.
(*Dándole el ramo de flores á Rafael, quien vase.*)

ESCENA XIV.

Dicha. BARTOLOMÉ.—MARTA *y* ELENA. (*despues.*)

BARTOLOMÉ. ¿Esta es la casa de la viuda
del Coronel D. Antonio
Chinchilla?...
GUMERSINDA. La misma.
BARTOLOMÉ. De parte de D. Eduardo
Rosales... para la Señorita
Doña Marta.
(*Entregándale una carta.*)
GUMERSINDA. Está muy bien.
BARTOLOMÉ. A los piés de V. (*vase.*)
GUMERSINDA. Agur.
Señorita Marta. (*llamando.*)
MARTA. ¿quié es? (*de adentro*)
GUMERSINDA. Una carta.
MARTA. A ver. (*saliendo á fuera del jardin.*)
GUMERSINDA. Tomad...
MARTA. (*leyendo en voz alta.*)
«Anoche mis esperanzas fenecieron. Marta, he visto un bulto, un hombre, parado á la reja, despues que yó la abandoné.—La vida me es muy pesada, cruel.—En el mundo, ya se acabó la

virtud, todo es una mentira.—Dentro de una hora y á su vista daré fin á mi existencia.—*Eduardo.*»

(declamando)

¡Dios mio! qué es esto, no puede ser mas,
que el fruto de una calumnia. –
Mi conciencia está tranquila,
mi conducta, es tan pura,
como la luz divina del sol.
(Se desfallece, y se le cae la carta, cayendo sobre el peldaño.)

GUMERSINDA. Señor Doctor, Señor Doctor.
GREGORIO. ¿Qué se ocurre? *(saliendo)*
GUMERSINDA. ¡La Señorita Marta!
GREGORIO. Un desmayo...
el pomo del espíritu,
volad... Pobrecita,
perdido su bello color,
opaco de sus ojos el fulgor.
GUMERSINDA. Tomad. *(volviendo)*
GREGORIO. Es un soponcio.
Descuidad...
(Le aplica el pomo.)
Ya vuelve en sí.

. . . . . .

MARTA. ¡Eduardo!
GUMERSINDA. Negra trama.
GREGORIO. Lances de amor.
Gumersinda al lecho,
mucho abrigo...
(Vase Marta, apoyada en Gumersinda y se detienen un poco en el jardin.)
ELENA. ¡Hermana mia!
MARTA. ¡Elena!
ELENA. Qué tienes...
MARTA. Nada... un poco
indispuesta... *(vase)*

ESCENA XV.

Dicho. RAFAEL. ELENA. (*desde la puerta de la casa.*)

RAFAEL. La Señorita, (*entrnndo*)
Doña Elena Chinchilla.
ELENA. ¿Qué se le ofrece? (*saliendo á la escena*)
RAFAEL. De parte del Conde de la Florida.
ELENA. A ver.
RAFAEL. Tomad...
A la órden de V. (*vase*)

ELENA. (*leyendo*) «Un ciego amor, me ha impulsado, en una noche horrible, infernal, acercarme á su ventana.—No he temido á los furiosos elementos; ni el trueno, que zumbaba en mis oidos, ni la lluvia que caia á torrentes, evitaron, mi idolatría hácia vos.—En cambio, al volver las espaldas, un rival mas dichoso, conversaba con aquella, que yo creia, me era fiel.—Dentro de una hora, y á vuestra presencia, dejaré de existir.—*La Florida.*»

(*Se le cae la carta y se desmaya sobre el banco.*)

GREGORIO. Otra tenemos...
Gumersinda, Gumersinda.
GUMERSINDA. Señor, Señor. (*saliendo*)
GREGORIO. El Alcali-volatil,
aquel tarrito...
GUMERSINDA. Que está sobre
el velador.
GREGORIO. El mismo.
(*Vase Gumersinda*)
GREGORIO. ¡Pobrecita!
lo que son los novios...
GUMERSINDA. Aqui está (*saliendo*)

GREGORIO. Unas gotas,
echad...

(Gumersinda vierte en el pañuelo de D. Gregorio, unas gotas, quien se lo aplica.)

ELENA. ¡Adolfo!
dueño mio.
MARTA. ¿Qué es eso,
mi hermana...
¡Elena!
ELENA. ¡Marta!
GUMERSINDA. Señorita, (*á Marta*)
por el estilo
otra cartita.
ELENA. ¡Adolfo!
. . . . . .
MARTA. Pero antes,
que nuestros amantes,
tanto nos querian.
¿Por qué estas cartas,
ahora nos envian?
GUMERSINDA. Debe ser el fruto,
de una grave,
equivocacion.
MARTA. Asi será,
y tal vez
tengan razon.

(Permanecen cuidando á Elena.)

ESCENA XVI.

Dichos. EDUARDO. ADOLFO.

ADOLFO. la muerte ó la vida.
Elegir armas.
EDUARDO. La pistola.
duelo ó suicidio,

ADOLFO. El duelo es mas noble.
MARTA. ¡Eduardo!
ELENA. ¡Adolfo!

(*Volviendo en sí, se levanta como una furia, y le quita la pistola. Marta hace lo mismo.*)

GREGORIO. Señores, ya la pendencia,
se acabó...

(*Interponiéndose entre los dos*)

Lástima es,
que dos jóvenes,
mueran en flor.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA ENFERMA.

Acto segundo.

Gabinete modestamente amueblado, á la derecha del espectador; dos puertas laterales, una de estas, con cortinage; otra á la izquierda y otra grande al fondo, con su tirador de campanilla. Al frente, una cómoda, con su respectivo espejo encima y floreros, á un lado de la puerta principal y al otro, una mesa, con tapete y recado de escribir, sillones; y al otro, una tarima, con su copa y fuego en ella.

ESCENA I.

D.ª BRÍGIDA, *aparece sentada al lado de la copa; y de vez en cuando, remueve el fuego, con la badila.*

Qué agustia,
qué pesadez;
qué agonía,
qué languidez.
Vivir de esta manera,
es tan cruel...
Tantos medicamentos,
tomados con el ojimiel.
Tres años de sufrimientos,
y de contínuos tormentos.
Ni los brevages, ni los opiatas,
electuarios, resolutivos;
píldoras, ayudas,

sinapismo, cáusticos.
Ni los temperantes, emolientes,
anodinos, narcóticos;
fortificantes, rubefacientes,
Absorventes, carminativos.

. . . . . .

Nada, todo es música celestial,
la muerte será mi conclusion final.

. . . . . .

ESCENA II.

Dicha. MARTA,

MARTA. ¡Mamá!...
¿qué tal, os ha sentado
la medicina?
BRÍGIDA. La de hoy, muy bien.
MARTA. Desde que D. Gregorio,
os visita. observo estais mejor.
El rostro, que es el espejo del alma,
manifiesta sonrosado color.
Antes mucha languidez.
y suma amarillantez.
Es un famoso doctor,
médico de Cámara,
No visita mas que á la aristocracia,
á los Duques, Marqueses,
rara vez á la democracia.
y es mucho de agradecer,
venga á visitar al arrabal,
á una familia de poco caudal.
BRÍGIDA. A la viuda de un Coronel...
MARTA. Cuando venga le pagaré,
se le deben muchas visitas.
Hasta ahora, no ha permitido,
por su trabajo, obtener,
columnarias pesetas.
BRÍGIDA. Es muy generoso.
MARTA. ¡Y muy guapo mozo!

. . . . . .

Su salud, algo quebrantada,
ha venido á Córdoba á mejorarla.
Le gusta por las mañanas salir,
visitar las encantadoras orillas
del Guadalquivir.

BRÍGIDA. Me voy á reclinar, un poco...

MARTA. Muy bien, .. deme usted, el brazo.
(Vanse al cuarto de la cortina)

ESCENA III.

ELENA, *sale besando el retrato de Adolfo, que lleva al pecho.*

¡Adolfo mio!
mi amor,
mandarme una carta
tan desconsoladora,
de injusto furor.
Esos celos infundados,
son los que te han
impulsados...
Cuando te amo tanto,
eres la luz que guia,
mi existencia,
el faro de mi vida.
No puede vivir,
sin mí; la tempestad pasó;
y quiere revivir,
correspondencia de amor.
. . . . . .
Le voy á despedir,
me deje en paz,
sola, con mi hermanita
y mi Mamá.
. . . . . .

ADOLFO. ¡Elena, Elena! *(de adentro)*
(golpeando á la ventana)

ELENA. ¡No lo dije,...
si no me deja de vivir!
(Adolfo golpea con mas fuerza.)

Le abro, lo recibo, nó,
no lo quiero recibir.
(*Aproximándose á la ventana.*)
(*Adolfo vuelve á golpear.*)
Qué fastidioso...
¡Mas quién se resiste,
á un amoroso adalid!
(*Abriendo la puerta.*)

ADOLFO. Estrella divina, (*saliendo.*)
que alumbrais
al firmamento;
diamantina,
purpurina,
del Cielo aposento.

ELENA. Porfiado galan,
marcharos, no me dejais,
un momento de paz.
Dijustada me teneis,
con aquella misiva cruel.
Asi como, por derrochador,
faltais al estudio,
y en el exámen probareis,
vuestra falta de aplicacion.
Siempre por esa Sierra Morena,
en busca de los osos, jabalíes,
podeis encontrar una pantera,
y á morir se esponeis.
¡Demonio de aficion,
las cabezas de la caza
ponerla luego en el corredor!

ADOLFO. Me acompaña mis criados,
hago parada en el Capricho;
de mi pariente el Marqués
de Benamejí, palacio de recreo.
. . . . . .
Tengo que comunicarte,
gran noticia, se va á armar
la gorda; títere con cabeza,
no va á quedar...

ELENA. ¿Pues cómo?

ADOLFO. La marina española de guerra,

surta en la bahía de Cádiz,
con el brigadier Topete, á la cabeza:
aquel que en el Pacífico mandó la Blanca,
se ha pronunciado al grito,
de viva la Libertad!
La Zaragoza, Tetuan,
Villa de Madrid, Lealtad,
han secundado tan mágico
grito, al fuego de sus cañoneos.

. . . . . .

Chica se armó,... se armó la gorda.

. . . . . .

El Regimiento de Cantabria,
que guarnecia dicha Capital,
se ha pronunciado; la provincia
ha seguido el grito de ¡Viva la Libertad!

ELENA. ¡Viva!

ADOLFO. El Buenaventura, ha arribado
á sus playas, conduciendo
á los Generales, que en Canarias,
estaban proscriptos.
El General Prim,
ha aparecido como
por encanto en el Puerto.

ELENA. ¿Chico, que me cuentas?
yo nada sabia...
Metida en casa,
y en mis quehaceres
embebida...

ADOLFO. El Duque de la Torre,
Prim, Dulce, Bedoya,
Nouvilas, Primo de Rivera,
Caballero, Topete.
Han dado un manifiesto,
que dice así: (*Sacando del bolsillo, la siguiente proclama.*)

ESPAÑOLES:

«La ciudad de Cádiz, puesta en armas, con toda su provincia, con la Ar-

mada anclada en su puerto y todo el Departamento marítimo de la Carraca, declara solemnemente, que niega su obediencia al Gobierno, que reside en Madrid.»

ELENA. Quiero conservar ese documento,
y lo concluiré de leer despues.

. . . . . .

(*Adolfo se lo dá y ella lo pone sobre la cómoda.*)

ADOLFO. Dicen lo ha redactado,
D. Adelardo Lopez de Ayala.

ELENA. ¡Oh! es un gran escritor,
y célebre literato.
El laureado autor,
del «Tanro por ciento.»
Es muy amigo mio,
y le he escrito un soneto
acróstico, con estrambote.
Te lo voy á leer...
(*Tomando de la cómoda en un album lee*)

Donoso jóven aventajado,

Animoso autor dramático,
De Guadalcanar hijo;
Esforzado diputado repúblico,
La patria á tí te estima,
Alzaste la pluma engolfado,
Radiante tu «Tanto por ciento»
Deslumbró la española escena,
Oh vate ilustre, coronado de mirto.

Laureles en abundancia cogiste,
Oh andaluz agraciado,
Provinciano eminente;
Escritor distinguido,
Narzuela «Los Comuneros» escribiste.

Adios, poeta festejado,
Ya vuelve otra vez al campo;
A la lid literaria, entusiasmado.
La palma, el laurel algo marchito,
A la escena, nuevamente será laureado.

. . . . . (*pausa*)

ADOLFO. Aquí reina una agitacion estrema,
la hoguera encendida va á estallar.
Voy á mi casa, tomo la escopeta
y me lanzo á la calle,
gritando: ¡viva la Libertad! *vase*)

. . . . . .

ELENA. Los pueblos están ávidos,
de mejoras radicales,
están deseosos,
de leyes liberales
La prensa puesta la mordaza,
la libertad del pensamiento, oprimida;
las contribuciones de forzosa cobranza,
la sangre del pueblo esprimida.
Llegado el estremo
del infeliz industrial;
vendido hasta el salero,
y dejado sin un solo real.
Ya se vé, hay que mantener
tantos entorchados;
hay que sostener,
tantos inútiles empleados.
Y quién los mantiene,
el sudor del pueblo,
tantas cesantías, jubilaciones:
todo lo paga el triste vasallo,
para que otros luzcan oropeles.
Esta marcha es insufrible,
y el pueblo toma las armas,
en son de guerra, audaz y terrible.
Sea de felicidad, de bienandanza,
la era iniciada;
y la tempestad, surja, bonancible calma.

ESCENA IV.

Dicha. D. GREGORIO. (*tira de la campanilla.*)

ELENA. ¿Qiuén será?
sin duda, el médico.
Esa persona tan digna,

tan humanitaria,
tan filantrópica.
Que de la altura
que su saber, su ciencia
le ha colocado;
ora visita al poderoso,
como al desvalido. (*le abre la puerta*)

GREGORIO. Buenos dias, Señorita Elena,

ELENA. Buenos dias, Señor Doctor.
¿Estais de sus achaques, ya mejor?

GREGORIO. Sí, desde que respiro,
el ambiente puro del aire,
doy mas libre el suspiro,
que á Marta dedicado,
quisiera por ella, fuese aceptado.
. . . . . (*pausa*)
A caballo, hago mis escursiones,
á Córdoba la Vieja, á Rivera,
al Capricho, á las Ventas de Alcolea,
y á las Ermitas.
Este movimiento, esta accion,
han fortalecido mi constitucion.
Esas auras impregnadas,
del azahar del naranjo,
y limonero, de las orillas
del Guadalquivir, placentero.
España otras veces, la Señora del mundo
tan rica en productos agrícolas,
minerales, riqueza pecuaria, marinas,
y ahora en letargo profundo.
Levanta tu cabeza noble y erguida,
y será acatada, respetada y querida.
. . . . . .
¿Y la enferma?

ELENA. Creo está peor,
la fatiga...

GREGORIO. Vamos á visitarla.

(*Vanse al cuarto de la cortina.*)

ESCENA V.

GUMERSINDA. (*Sale por la puerta principal y con manton y cesta.*)

Acabo de venir
de la compra...
El pueblo está,
en las calles, armado.
Muchas tropas,
vienen de todas partes.
No se puede transitar,
por la calle del Potro,
y los alrededores de la Catedral.
Esto es infernal,
dicen viene el Marqués
de Novaliches, hácia acá.
Yo me apresuré á comprar.
y en casa me meto,
por si esto, viene formal.
. . . . . (*pausa*)
Esto es, el juicio final. (*vase á su cuarto, izquierda.*)

ESCENA VI.

D. GREGORIO. MARTA. ELENA. *despues* GUMERSINDA.

GREGORIO. Junta al instante,... (*saliendo del de la derecha.*)
la enferma, está de sumo
cuidado.,.
Agotados los medios
terapéuticos,
Hay que apelar
á los quirúrgicos.
. . . . . .
A la operacion,
de la paracentesis.
. . . . . .

Como único y supremo
esfuerzo de la Medicina.

MARTA. Vos sois el médico de cabecera,
y lo que dispongais, damos por hecho.

GREGORIO. Pues Junta.

MARTA. ¿A quién se llama?

GREGORIO. A quienes ustedes quieran.

ELENA. A D. Diego Rodriguez.

MARTA. Y á D. Salvador Valdecanto.

GREGORIO. Convenido,

. . . . . .

MARTA. Gumersinda. (*llamándola*)

GUMERSINDA. Señora. (*saliendo*)

MARTA. Al instante llamad,
á D. Diego Rodriguez,
y á D. Salvador Valdecanto,
que antes visitaron á Mamá.

GUMERSINDA. Pero, si por las calles,
no se puede transitar;
no se vé mas que gente armada,
escopetas, fusiles, trompetas,
tambores y una efervecencia
infernal...

ELENA. No hay otro remedio.

GUMERSINDA. ¡Y si me meten, en el principal!...

. . . . . .

En fin, allá voy,
y sea, lo que Dios, quiera.
(*Vase á su cuarto, toma el manton, volviendo; vase por la puerta principal de enfrente.*)

MARTA. Tomad, Señor Doctor,
el importe de vuestros
honorarios... (*ofreciéndole un bolso.*)

GREGORIO. Qué disparate...
mi único anhelo,
es procurar restituir,
la salud á la enferma,
es mi deseo...
(*Vase al cuarto de la cortina y le acompaña Elena.*)

ESCENA VII.

MARTA. EDUARDO.

EDUARDO. Hoy no salir á la calle,
ni á misa, Córdoba es un babel.
Viene el veterinario Perez del Alamo,
con fuerza popular.
¿Y Mamá?

MARTA. Peor...
D. Gregorio pide Junta.

EDUARDO. Pues Junta,
hoy se espera á los
Generales, Duque de la Torre,
Caballero, Izquierdo,
Rey... Málaga, la primera
en el peligro de la Libertad,
se ha pronunciado. Ayer, esta
Junta, recibió un telégrama.
Está en marcha, procedente
de la misma, el regimiento infantería
de Aragon y los Carabineros,
de aquella Comandancia.
(pausa)
De Sevilla y de aquella maestranza,
han salido baterías,
que harán terrible matanza,
Marta, se armó, se armó la gorda.

MARTA. San Rafael nos valga.
Doloroso es, que sangre
de una misma familia,
de hermanos, corra á torrentes,
y las tranquilas aguas
del Guadalquivir, enrojezcan
sus corrientes...
España se desgarra á sí misma,
en las contiendas civiles:
cuando querrá Dios,
solo haya un partido, el nacional,
y todos caminemos á una,

de la Nacion, su prosperidad.

EDUARDO. Difícil me parece, se arregle esa cuestion.
Mira la poesía, que un novel,
y aplaudido dramático autor;
me escribió, en el albor,
de Setiembre la revolucion. (*leyéndola*)

¡VIVA LA LIBERTAD!

Palabra mágica, que arroba los corazones,
luz que alumbra al mundo;
faro de progreso, de inspiraciones,
gérmen frondoso y fecundo.

—

Libertad, bajo esa antorcha divina,
vivifica el comercio, la industria, las artes;
es astro lúcido, rodeado de aureola diamantina,
con su fulgor, renace el bien á los españoles.

—

La heróica marina española, con Topete,
á la cabeza, sacudiendo la postracion,
inferidos á sus timbres gloriosos;
no quiere que la nacion, sea juguete,
de mandarines torpes y odiosos.

—

Aquella que llevó el nombre preclaro,
de España victoriosa, á mares apartados;
con su valor indomable, en su mastelero,
izó el pabellon de la *Libertad*,
á la salva de sus cañoneos.

—

Sea, era de prosperidad, de bienandanza,
de union, á los amantes del progreso,
libre, feliz, poderosa, no haya mudanza,
Señora del mundo, yo reverente, te saludo.

—

La de Pavía, Lepanto, Otumba,
Bailen, Bilbao, Callao, Castillejos;
replandesca otra vez, abre tu tumba,
al esplendor de tus derechos sacrosantos.

—

Serrano, Prim, Topete,
Zabala, Alaminos, Bedoya,
Milans del Bosch, Nouvilas,
Izquierdo, Gaminde, Ribera.

—

Vivan los guerreros,
gloria de la patria,
de su honra sosten;
rosas, jazmines, dalias,
alfombren sus pies;
el laurel, la oliva,
orlen sus siens.

—

Al Conde de Reus,
con víctores sin fin,
hoy nos ha visitado;
cánticos pátrios mil,
zumbe por los aires:
MÁLAGA,
frenética le ha saludado,
sea para gloria del Pais.

—

Los hijos de Pelayo,
se lanzan á la lid;
la trompa de la fama,
el bélico clarin;
anuncia á las naciones
tan ínclito valor.
Eternamente loor,
que todos combaten
por la patria y su honor.

MARTA. La guardaré en mi albnm.
(Eduardo se la dá y ella la toma, poniéndola en el album.)
Pero me temo,
que la llamada *gloriosa*;
al fin y al cabo,
no valdrá maldita la cosa.
(pausa y con sorna.)

. . . . . .

EDUARDO. La mision que me trae hoy,
á visitaros,
es el de despedirme de vos.
Tengo que partir, sin dilacion,
para Manila, via de Marsella,
por el primer vapor.
Ayer recibí una misiva, de mi tio,
rico hacendado, de aquella poblacion.
Es muy anciano, y tal vez, me declare,
su heredero universal, á su defuncion.
. . . . . .
Voy á despedirme,
de Elena y de tu Mamá.
(*Entrando en la habitacion de esta.*)

MARTA. ¡Como una piedra
me he quedado...
Se fué para mí,
el lucero adorado!

EDUARDO. A Dios, á Dios. (*Saliendo y desde el dintel del cuarto de aquella.*)

MARTA. ¿Y volverás pronto?

EDUARDO. ¡Hija mia!
quién sabe...
Con que así, á Dios. (*abrazándola y vase*)

MARTA. A Dios, á Dios.

ESCENA VIII.

Dicha. D. DIEGO RODRIGUEZ *y* D. SALVADOR VALDECANTO, *suena la campanilla y* MARTA, *abre. Despues* D. GREGORIO.

D. DIEGO Y
D. SALVADOR. Señorita, buenos dias.

MARTA. Buenos lo tengan ustedes.

DIEGO. ¿Y la enferma?

MARTA. Aquí... pasen
ustedes á su habitacion.

DIEGO. Con vuestro permiso.
(*Entran en el cuarto de la cortina.*)

MARTA. Se fué mi Eduardo,
haga buen viaje

quiera Dios.
Le salve la tempestad,
de la furia, su rigor.
Mis relaciones,
dieron conclusion.

GREGORIO. Quiero aprovechar, (*saliendo*)
los momentos;
mientras el diagnóstico,
hacen mis compañeros.
Marta, vuelvo á reiteraros,
mi cariño, mi pasion,
á manifestaros,
este sincero amor,
que hace tiempo os profeso,
sois vida mia, mi embeleso.
Siendo tan buena hija,
sereis buena esposa.

MARTA. Os contestaré.

GREGORIO. ¿Y cuándo?

MARTA. Salvándose la enferma.

GREGORIO. Si mis compañeros,
son de la misma opinion,
es seguro el truinfo,
su salvacion.

MARTA. Entonces, con mi amor,
pagaré vuestros desvelos,
vuestra abnegacion.
Y os daré mi mano,
como deuda de gratitud.

GREGORIO. ¡Oh felicidad!
tanta virtud!

ESCENA IX.

Dichos. ELENA *y los Médicos, al poco* ADOLFO, *que se presenta con escopeta y bandola,*

DIEGO. Compañero,
somos de vuestra opinion,
no hay otro recurso,
que hacer de la paracentesis,

la operacion.
Y su ejecucion,
la confiamos en vos.

ADOLFO. *(abriendo la puerta con ímpetu y sin tocar la campanilla.)*
Señores, las fuerzas que manda
el Marqués de Novaliches,
han pernoctado en el Carpio,
y en San Pedro Abad.
El ejército liberal,
está formado;
y se dirige á su encuentro,
al son de un himno nacional.
La batalla es inminente...
(Se oye la banda de cornetas y tambores, que baten marcha.)
¡A Alcolea!

LOS MÉDICOS. ¡¡A Alcolea, Alcolea!!

GREGORIO. Yo me quedaré,
al cuidado de la enferma.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

LA BATALLA
DEL
Puente de Alcolea.

Acto tercero.

Campamento del Puente de Alcolea, en último término, se verá parte ó un estremo del puente de aquel nombre, hácia el lado derecho de la escena: en el izquierdo y en primer término, las ventas de Alcolea, en lontananza una colina y en ella el Capricho, donde ondeará un gallardete nacional, Cuartel General, de Serrano, Duque de la Torre. Es al amanecer, las músicas, bandas de tambores y cornetas, aparecen tocando diana, dando dos vueltas por la escena y vanse por el puente.

ESCENA PRIMERA.

El General Serrano Dominguez, sale del Cabricho, á caballo con un corneta de órdenes y una escolta de lanceros, en el teatro que lo permita y si no á pié. Entra el corneta y escolta, en las ventas de Alcolea.

(*Serrano se pasea muy meditabundo por la escena y dice.*)
Patria amada mia,
España, la noble y valerosa,
la que la natura á porfia,
colmó de tantos dones, prodigiosa.
Yo te saludo, la de Pavía,
Lepanto, San Quintin, Otumba;
del estrangero tan codiciada,
y por tus hijos desgarrada.

Tu Gonzalez Bravo,
mis timbres, en tan poco precio,
lo tuvistes; que á Canarias desterrado,
y en un bagel me mandas embarcado.
Allí en aquellas apartadas costas,
fija la vista, hácia mi patria querida,
se presenta el Buenaventura,
con sus banderolas
y con la máquina encendida.
Y cual rayo rápido,
surcando los mares,
llego á Cádiz, donde era esperado,
y me saludan del puerto, sus naves.
La marina de Guerra,
me proclama General Libertador,
y la insurreccion por la tropa cundió.
Magnífico puente de Alcolea,
vas á ser testigo, entre hermanos,
de terrible y cruenta pelea.

ESCENA II.

Dicho. BERMUDEZ, Ayudante de Campo.

AYUDANTE. Mi General,
un Gefe enemigo,
ha mandado fusilar;
á nuestro emisario,
el malogrado D. Benjamin
Fernandez Vallin,
en el pueblo de Montoro.

SERRANO. Tan negra conducta,
no es digna de pechos
españoles, quienes la repulsa.
Al cronista llamad,
D. Adelardo Lopez de Ayala,
de mi ejército liberal.
. . . . . .
(*Vase el Ayudante.*)
Antes de empeñar,
combate cruento;

quiero hacer estimar
de mis razones, su valimiento.

(*Vuelve el ayudante, con D. Adelardo Lopez de Ayala, vestido con chaqué abrochado, pañuelo rojo al cuello, botas de montar, con espuelas y sable de caballería.*)

SERRANO. A Dios amigo Adelardo.
ADELARDO. A Dios mi General.
SERRANO. La mesa de campaña,
pronto aprontar...

(*Al Ayudante, quien al poco vuelve con tres soldados, uno con una mesa pequeña de tijera y los otros con dos sillas bastones portátiles, que sacan de las ventas. La colocan enmedio de la escena; el Ayudante de su cartera, saca papel, y un estuche tintero, quien vase y los soldados. El General Serrano, con ros y trage de campaña. Las fuerzas de su mando, se distinguirán por el lazo rojo, en el brazo izquierdo, emblema del ejército liberal. El pueblo armado, pañuelo del mismo color, al cuello.*)

SERRANO. Consignar en ese documento,
para el Marqués de Novaliches,
del cual, vos sereis el portador.
Mi buen deseo, de evitar
entre hermanos, de sangre
la efusion...
En nombre de la humanidad,
de la conciencia y de la Patria.
. . . . . .
Sentaos, escribid...
(*Se sientan y D. Adelardo, dicta en voz alta, lo que escribe.*)

«Excmo. Sr. Marqués de Novaliches, capitan General de los Ejércitos Nacionales.

Muy Sr. Mio: antes que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos; antes que se dispare el primer tiro, que seguramente producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á V. por medio de esta carta, para descargo de mi conciencia, y eterna justificacion de las armas que la patria me ha confiado.»

SERRANO. De vuestra distinguida
y correcta pluma, no podia
esperar otra cosa...

ADELARDO. Mi General,
gracias;
podeis firmar...

SERRANO. Al campamento *(firma)*
veloz caminar,
y en señal de parlamento,
ese pliego entregar.

(Se dan las manos y vase D. Adelardo, quien al poco rato, cruza la escena, subiendo por el puente, á caballo, si es posible; con bandera de parlamento; acompañado de sus amigos, los señores Alarcon, Gomez Diez, Correa, Rejano, Merás, Bermudez y Lopez, quienes lo despiden fuera del Puente.)

(El General Serrano, permanece sentado y dicta en voz alta y escribiendo, el plan de la batalla próxima.)

Los momentos
son preciosos.

Mi ejército ocupará las posiciones, que se estienden, desde el Capricho, mi Cuartel general, el puente de Alcolea, la Aldea de este nombre, la orilla derecha del torrente de Yegüeros, las alamedas del Cercado de Rivera, hasta el cauce del rio Guadalquivir.

1.ª Brigada.—Simancas, Tarifa y Segorve.

Al mando del Brigadier Zalazar.

Segunda.—Borbon, Cantabria y Aragon.

Al mando del Brigadier Alaminos.

Tercera.—Bailen, Cuenca y Valencia.

Al mando del Coronel Enrile.

Infantería de Marina; Artillería, 2.° y 6.° montado, 3.° de á pié; con los regimientos de caballería de Villaviciosa y Santiago, cerrando la retaguardia, con los Carabineros.

Todas estas fuerzas, irán al mando de los respectivos Generales Caballero de Rodas, Izquierdo y Rey. Mi escolta la Guardia Civil y Rural.

Primera batería, al pié del Capricho.

Segunda, á la izquierda del Puente.

Mandadas por Lopez Dominguez, Blengua y Pazos.—Hospitales, provisional en el Capricho; y en Córdoba, en los Padres de Gracia, Agudos y Socorro.

AYUDANTE. Mi General, el Gefe de Estado Mayor, los Generales de Division, y los Ayudantes, esperan vuestras órdenes.

(*Sacan los caballos, Serrano, monta en uno de ellos y vanse al Capricho. Se puede sustituir á pié. Unos soldados retiran la mesa y las sillas, siguiendo la misma via.*)

(Por el lado izquierdo, aparece una batería, con sus cañones; de vanguardia, batidores, detrás las cornetas, tocando una marcha; y su respectiva dotacion de artilleros, tirando de las piezas. A cada cañon irá un artillero, con mecha encendida. A retaguardia de la batería, irá una seccion de marineros, procedente de la Escuadra, surta en la bahía de Cádiz; armados con carabinas, machetes y armamento de abordaje y vanse todos por el puente.)

ESCENA III.

ELENA vestida de cantinero, la sigue varios paisanos armados y unos cuantos soldados. En pos de estos, ADOLFO, vestido con gaban, pañuelo rojo al cuello, botas de montar, gorra militar de cuartel, cartuchera con correa blanca, á la antigua; fusil y bayoneta, sin vaina, á la cintura.

UN PAISANO. Cantinero
copas de aguardiente
echad...
CANTINERO. Valen á real.
UN SOLDADO. Picaron,
te quieres aprovechar
de la ocasion.
ADOLFO. Cantinero,
yo pagaré,
sin miedo
echad...
CANTINERO. Él es... *(ap.)*
(Le rodean y todos beben.)
EL PAISANO. Caramba...
qué fuerte es.
EL SOLDADO. Mejor;
con su vigor,
se desplega

mas valor.
(*El Cantinero, vuelve á echar otra rueda.*)

OTRO PAISANO Por Satanás,
parece
aguarrás.

CANTINERO. Con el licor
se desplega
mas valor.

ADOLFO. ¿Qué se debe?

CANTINERO. Sesenta reales.

EL PAISANO. Picaron,
qué bien
te aprovechas
de la ocasion.

ADOLFO. Un centin,
tomad. (*dándoselo.*)

CANTINERO. Mucha,
generosidad.

PAI.° Y SOL.° Y suma
caballerosidad.
(*Vanse saludándolo.*)

ADOLFO. Jamás ví mano, (*ap.*)
tan bien esculpida,
tan blanca,
tan pulida.
¿Chico,
de dónde eres?

CANTINERO. De Córdoba.

ADOLFO. ¿De qué arrabal?

CANTINERO. Del Campo de la Verdad.

ADOLFO. Nunca observé (*ap.*)
persona mas parecida...

CANTINERO. ¿Quereis,
mas aguardiente?

ADOLFO. ¡Sí, ella és, (*ap.*)
su voz,
su talle,
su donosura,
su leve pié!
(*Mirándola con estremadísima atencion.*)

¿Chico, me engañas,
tú eres, una muger?

. . . . . .

ELENA. De una graciosa cantinerita, (1)
que esta mañana, una copa os echó;
cuyo recuerdo vuestra mente agita,
y que por el campamento, veloz cruzó.
Puedo deciros,
que esa,
no soy yo.

ADOLFO. Esa graciosa cantinerita,
que esta mañana, me saludó;
que á mi pecho, la paz le quita,
y era tan dulce el metal de su voz.
Os lo juro,
se parece á vos.

CANTINERO. No he visto, nunca
nó;
tan grave equivocacion.

ADOLFO. No me convences,
nó;
que esos tus ojos,
¡ay!
los suyos son.
Recluta, cantinero,
ven hácia acá.
Cáspita,
no hay duda
es su faz. (*aproximándose*)

. . . . . .

ELENA. Una noche muy oscura,
bramaba la tempestad,
el agua caia á torrentes,
y silvaba el huracán.
Una dama,
esperaba,
en su ventana,
á su doncel.

---

(1) Imitacion de la Catalina, para declamarlo, y si hay partes de canto, se cantará el duo de la Catalina.

!Pues bien,
aquella dama
es esta muger!
(*Dando un porrazo, con la culata de la tercerola en el suelo.*)

ADOLFO. ¡Elena!
ELENA. ¡Adolfo mio!
Pues bien,
aquella dama,
os pide una merced.
ADOLFO. Mi vida,
en aras,
de mi amor
sacrificaré.
ELENA A Córdoba,
veloz,
volved,
Tu vida,
no la espongais;
á un enemigo
cruel.
Soy aquella niña,
que te cité á las tres.
Mi hermana á Eduardo,
á las tres y media, lo citó.
Tu volviste,
y le viste,
próximo,
de la ventana,
el bastidor.
Y en tu delirio,
lo creiste,
hablaba con yo.
De aquí partió,
para vos,
fatal,
equivocacion.
Los celos en vuestro
pecho, se apoderó.
Gumersinda evitó,

para los dos
desastrosa cuestion.
En prueba de mi amor,
me lanzo al campamento
en busca del ídolo,
de mi corazon.
Y para entrar mejor,
nadie me conozca,
mas que vos.
Un peluquero
me planta estos bigotes;
que os causarán
sorpresa é ilusion.

ADOLFO. La patria,
es primero
que mi amor.

ELENA. Por Dios,
á la Ciudad
volved.
Os lo dice,
una amorosa
muger.

ADOLFO. Del campamento,
partir
al momento.

ELENA. ¡Por Dios!

ADOLFO. Por San Rafael,
bendito
pronto corred.

(Le amenaza con el fusil, ella le agarra y Adolfo se desprende, amenazándola con mas furia é ironia. Elena vase, por el lado izquierdo de las Ventas y Adolfo por el puente.)

La patria *(ya en el puente)*
es primero
que mi amor.

ESCENA IV.

El General Serrano y su Estado Mayor, siguiéndoles el ejército liberal, que se formará en hileras dobles, al rededor de la escena. Ayala, baja por el puente, con la bandera de parlamento y sus acompañantes.

D. Adelardo Mi General,
el Marqués
de Novaliches,
me ha contestado:
que compromisos,
sagrados, le impiden
asociarse, á lo solicitado.
Todo su ejército,
se ha puesto en marcha,
á paso redoblado.
Novaliches y el Conde
de Girgenti, á sus tropas
han arengado.

Serrano. Soldados:
ya que nos provocan,
al combate.
Llegó los momentos
suspirados.
Viva la Libertad.

El ejército. ¡Viva!

Serrano. Divisiones á su destino.
Firmes como una roca,
de *cal y canto*.
Se estará á la defensiva,
y no se dejará maniobrar,
la numerosa caballería enemiga.
(Cada una, marchará al suyo, batiendo una marcha patriótica, unas suben por el puente y otras se estenderán por los costados del mismo. Serrano y su Estado Mayor, á la cabeza de una de estas, marcha hácia el Capricho.)

ESCENA V.

EL CANTINERO.

A Córdoba,
imposible;
dejar á mi Adolfo,
seria increible.
(Se para enmedio de la escena, carga la carabina y cala la bayoneta. Oyese el fuego graneado de guerrilla y los clarines tocan lo mismo.)

Ya que principia
el fuego, me lanzo
al combate.
¿En qué filas estará
mi patriótica amante?
Es tan liberal, demócrata furibundo,
yo le seguiré hasta el fin del mundo.
. . . . . .
(Entran dos paisanos, con Adolfo, herido, en unas parihuelas. El Cantinero sale al encuentro g al observar á Adolfo, lanza un grito de horror y se le cae la tercerola.)

¡Adolfo!
ADOLFO. ¡Elena!
CANTINERO. ¡Herido!...
ADOLFO. Una bala de chaspon,
en una pierna,
una fuerte contusion.
Y si muriera,
moriria gustoso
por la libertad.
CANTINENO. Esperaos, detened... *(á los paisanos, y estos dejan la parihuela en el suelo, enmedio de la escena.)*

CANTINERO. La hemorragia,
voy á contener.
(*Un paisano le levanta una pierna y él saca, un pañuelo y se la venda.*)
En esa venta,
entrad. (*vanse á la misma.*)
Al fin, comprometió
su vida, por la libertad.

ESCENA VI.

Sale el GENERAL SERRANO, sube al puente y con su anteojo, observa el campo enemigo, acompañándole su Estado Mayor.

SERRANO. La division (*al Ayudante.*)
Caballero de Rodas,
se cubre hoy de gloria (*bajando.*)
Al Comandante de la artillería,
que incendie los cortijos de Pan Jimenez,
de sus cañones dirija la puntería.
Quiten ese obstáculo,
y nuestra artillería,
barra destruya, del enemigo,
su numerosa caballería.
(*Uno de los Ayudantes, vase por el puente. Por el lado izquierdo y por detrás del mismo, aparece el brigadier Lacy, con fuerzas copadas de Asturias, Barbastro y Madrid, estas con su uniforme peculiar.*)

Brigadier Lacy,
que copados habeis sido;
con vuestra brigada,
uniros al ejército Libertador.

LACY. General, nunca falto á mi honor,
juré las banderas de Isabel de Borbon.
Y es tal mi desesperacion,
que con mi revolwer,
á mis sienes, dirijo su cañon.

SERRANO. Seria temeridad;
marcharos á vuestro campo,
no haceis falta á la Libertad.

LACY. ¿Con qué condiciones?

SERRANO. Con ninguna. (*Vase Lacy y sus fuerzas*)

AYUDANTE. Mi General, (*bajando por el puente.*)
el combate
se ha hecho general,
en toda la línea.
Las granadas enemigas,
de cañon;
al caer en nuestras filas,
no hacen esplosion.
Lacy ha hecho traicion,
y sus soldados
atacan con furor.

SERRANO. Qué importa,
cuando aquí sobra,
la hidalguía, el valor.
A montar á caballo,
voy sin dilacion.

AYUDANTE. Se dirigen al puente...

SERRANO. Mis bayonetas
evitará
su invasion.
Una carga de Caballería,
dará fin á la cuenta cuestion.

(*Vanse todos, menos un Ayudante. Oyese con mas fuerza, las descargas de cañon y fusilería. Por el puente, unos soldados bajan el cadáver del Capitan Perez de Meca, sin parihuelas. Ya en la escena, el Ayudante se dirige al encuentro y al reconocerlo, esclama*):

AYUDANTE. Mi primo Perez de Meca,
el valiente Capitan,
de Estado Mayor.
¡Oh, fatalidad!

(*Lo entran en las Ventas y el Ayudante le sigue en pos.*)

(*Arrecia mas el combate y se hace estensivo por el puente y la escena, combatiendo el ejército liberal, y la seccion de marineros, con el ejército Isabelino. Escúchase el rugir de las bayonetas y espadas. Entra un grupo de soldados pasados, los fusiles las culatas hácia arriba.*)

EL SARGENTO Una bala de cañon
ha destrozado el rostro;
del General Novaliches,
su ejército corre, con precipitacion.

(*El General Serrano, aparece en lo alto del puente ondeando la bandera nacional.*)

Triunfó la Libertad.

(*Se ilumina la escena, con luces de bengala, y las músicas tocan el himno de Riego.*)

FIN DEL DRAMA.

TRAGES.

Los de la época, y en el primer acto, Adolfo y Eduardo, vestirán gaban abrochado y largo, sombreros hongos y espadas, como el que va á ver á sus novias, á las altas horas de la noche. El Cantinero, chaqueta ó chupa azul, pañuelo rojo al cuello, chaleco blanco y pantalon rojo, á lo malmeluco y sombrero á la marínera y en la cinta del mismo, se leerá «Numancia.»

GOBIERNO CIVIL

DE LA

PROVINCIA DE MÁLAGA.

Autorizo su representacion en cualquiera de los Teatros del Reino, si se encuentran actores capaces de desempeñar los difíciles tipos que en ella se presentan.

Málaga 21 de Noviembre de 1868.—Por órden.—Jaramillo.

OBRAS DEL AUTOR.

¡A la Mar!..., Drama en un acto.
Deuda de Gratitud, id. en dos.
Luis el Arrogante, ó la Soberbia Castigada, id. en id.
Triunfó la Libertad. ó la Batalla del Puente de Alcolea, id. en tres.
La Fornarina, Tragedia en id.
La Trianera, Zarzuela en dos.
Hernan Cortés, id. en tres.
La Corona de Laurel, id. en id.
El Consuelo en la Montaña, (traduccion del francés.)

PUNTOS DE VENTA.

Madrid.—Sres. Moya y Plaza, Carretas, 8.
Barcelona.—D. Isidro Cerdá.
Cádiz.—Revista Médica; Plaza de San Agustin.
Málaga.—D. Francisco Moya, Puerta del Mar.
Y en las principales Librerías del Reino.

(*Lo entran en las Ventas y el Ayudante le sigue en pos.*)

(*Arrecia mas el combate y se hace estensivo por el puente y la escena, combatiendo el ejército liberal, y la seccion de marineros, con el ejército Isabelino. Escúchase el rugir de las bayonetas y espadas. Entra un grupo de soldados pasados, los fusiles las culatas hácia arriba.*)

EL SARGENTO Una bala de cañon
ha destrozado el rostro;
del General Novaliches,
su ejército corre, con precipitacion.

(*El General Serrano, aparece en lo alto del puente ondeando la bandera nacional.*)

Triunfó la Libertad.

(*Se ilumina la escena, con luces de bengala, y las músicas tocan el himno de Riego.*)

FIN DEL DRAMA.

TRAGES.

Los de la época, y en el primer acto, Adolfo y Eduardo, vestirán gaban abrochado y largo, sombreros hongos y espadas, como el que va á ver á sus novias, á las altas horas de la noche. El Cantinero, chaqueta ó chupa azul, pañuelo rojo al cuello, chaleco blanco y pantalon rojo, á lo malmeluco y sombrero á la marinera y en la cinta del mismo, se leerá «Numancia.»